

Occidente humano/Oriente salvaje: la imagen mediática de los pueblos del Sur como legitimación del genocidio palestino*

The Humane West / The Savage East: Media Imagery of Southern Peoples as Legitimation of the Palestinian Genocide

Juan Sebastián Sabogal Parra**

Artículo de reflexión

Fecha de recepción: 10 de octubre de 2025

Fecha de aceptación: 9 de enero de 2026

Para citar este artículo:

Sabogal Parra, J. S. (2026). Occidente humano/Oriente salvaje: la imagen mediática de los pueblos del Sur como legitimación del genocidio palestino. *Revista Análisis Jurídico-Político*, 8(15), 189-213. <https://doi.org/10.22490/26655489.10635>

RESUMEN

Este artículo examina cómo los medios de comunicación occidentales han construido y difundido una imagen estereotipada y deshumanizante del pueblo árabe y musulmán, contribuyendo a legitimar simbólicamente el genocidio en Palestina. Desde un enfoque interdisciplinar que articula estudios poscoloniales, teoría crítica de los medios y análisis del discurso, se analiza la narrativa dominante que presenta a “Occidente” como portador de valores universales —racionalidad, modernidad y humanidad—, mientras sitúa a “Oriente” en un marco

* El presente artículo es producto de un proceso de reflexión sobre la situación palestina y la visión que los medios de comunicación han reproducido de ella.

** Doctorando en Ciencias Sociales en la Universidad de Salamanca, España; magíster en Educación por la Universidad Externado de Colombia; y docente de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), Colombia. Correo electrónico: Juans.sabogal@unad.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9817-2884>

de irracionalidad, atraso y violencia. Esta dicotomía no es meramente descriptiva, sino que opera como un dispositivo ideológico que naturaliza la violencia estructural y directa contra poblaciones árabes y musulmanas, al inscribirlas en un imaginario de amenaza y barbarie. El análisis considera coberturas mediáticas recientes sobre el conflicto palestino-israelí, identificando estrategias de encuadre, selección léxica y asimetrías en la representación de víctimas que invisibilizan la ocupación y el colonialismo, desplazando el foco hacia narrativas de seguridad y de autodefensa israelí. Se argumenta que estas representaciones consolidan una visión del Sur Global subordinada a marcos interpretativos hegemónicos, reforzando relaciones globales de poder y desigualdad. Finalmente, se plantea la necesidad de construir narrativas informativas que restituyan la humanidad, la historicidad y la agencia de los pueblos árabes y musulmanes, y que permitan comprender el genocidio palestino no como un conflicto aislado, sino como expresión de un orden internacional marcado por el colonialismo, el racismo y la impunidad.

Palabras clave: estudios poscoloniales; genocidio; medios de comunicación; orientalismo; Palestina; representación mediática.

ABSTRACT

This article examines how Western media have constructed and disseminated a stereotyped and dehumanizing image of Arab and Muslim peoples, contributing to the symbolic legitimation of genocide in Palestine. Drawing on an interdisciplinary approach that articulates postcolonial studies, critical media theory, and discourse analysis, the article analyzes the dominant narrative that presents the “West” as bearer of universal values—rationality, modernity, and humanity—while situating the “East” within a framework of irrationality, backwardness, and violence. This dichotomy is not merely descriptive but functions as an ideological apparatus that naturalizes structural and direct violence against Arab and Muslim populations by inscribing them within an imaginary of threat and barbarity. The analysis examines recent media coverage of the Palestinian-Israeli conflict, identifying framing strategies, lexical selection, and asymmetries in victim representation that render occupation and colonialism invisible,

shifting focus toward narratives of Israeli security and self-defense. It is argued that these representations consolidate a vision of the Global South subordinated to hegemonic interpretive frameworks, thereby reinforcing global relations of power and inequality. Finally, the article posits the necessity of constructing informative narratives that restore the humanity, historicity, and agency of Arab and Muslim peoples, enabling an understanding of the Palestinian genocide not as an isolated conflict but as an expression of an international order marked by colonialism, racism, and impunity.

Keywords: genocide; media; media representation; Orientalism; Palestine; postcolonial studies.

1. INTRODUCCIÓN

La reflexión sobre la alteridad y lo extraño constituye, de manera ineludible, un ejercicio de autorreconocimiento. Aunque esta premisa podría entenderse como la expresión de una relación dialéctica entre el yo y el otro, resulta necesario examinar el principio epistémico que ha estructurado, al menos desde la consolidación de la modernidad, las dimensiones políticas, científicas, sociales y culturales de aquello que se ha autodeterminado como Occidente. Este principio corresponde a la negación *a priori* de cualquier forma de vida, pensamiento o episteme que diverja de los marcos conceptuales y las lógicas imperantes en el proyecto civilizatorio occidental.

En este contexto, la radicalidad democrática planteada por Rousseau (2017) y otros representantes del pensamiento liberal estableció, *per se*, una lógica social en la cual las mayorías ejercen determinación sobre las minorías. Sin embargo, desde una perspectiva analítica que trasciende lo cuantitativo, dichas mayorías no se constituyen únicamente a partir de la razón numérica, sino que se configuran también —y de manera fundamental— en el ámbito simbólico, como plantea Hannah Arendt (2004) en su análisis del totalitarismo. En consecuencia, quien define la forma y la lógica de lo democrático es la concepción hegemónica dictada por Occidente, que establece una oposición categórica frente a otros sistemas de gobierno o formas de organización política presentes en el denominado Sur Global.

Esta determinación de Occidente como centro epistémico, político y cultural, y de todo aquello que difiere de este como periferia, no se limita a una configuración económica derivada del sistema-mundo capitalista propuesto por Wallerstein (1979). Opera también —y quizá con mayor profundidad— desde la praxis cotidiana y la producción simbólica. Esta distinción centro-periferia instituye jerarquías ontológicas que determinan qué vidas, saberes y narrativas son reconocidos como legítimos dentro del orden global contemporáneo.

Desde esta perspectiva, resulta fundamental reconocer que todo proceso de investigación implica un posicionamiento político ineludible. Como he señalado previamente, “es imposible disociar el saber científico de las acciones políticas de una comunidad, dado que, como se sostiene comúnmente, el conocimiento otorga la capacidad de ejercer poder sobre los demás” (Sabogal, 2025, p. 356). Esta premisa epistemológica adquiere particular relevancia cuando se abordan fenómenos atravesados por relaciones de poder asimétricas, en los que la supuesta neutralidad científica ha operado históricamente como un mecanismo de legitimación de violencias estructurales. En esa misma línea cabe recordar la obra de Lu Xun (2015), *El diario de un loco*.

En tal sentido, el presente ensayo tiene como objetivo analizar críticamente la manera en que se ha constituido una relación dialéctica entre aquello que puede definirse como “lo humano” y lo que se concibe como “lo salvaje” o “lo bárbaro”, tomando como eje central de análisis la construcción mediática hegemónica y su papel en la legitimación de violencias estructurales. En particular, se examinarán las narrativas mediáticas dominantes generadas a partir del 7 de octubre de 2023, fecha en la que fuerzas armadas de Hamás cruzaron las fronteras israelíes, y la forma en que dicha acción se consolidó como referente discursivo para legitimar lo que diversos organismos internacionales y académicos han calificado como un proceso de genocidio del pueblo palestino.

La argumentación se desarrollará en cuatro momentos analíticos fundamentales. En primer lugar, se establecerá un marco conceptual sobre la hegemonía simbólica de Occidente frente a Oriente, examinando los mecanismos mediante los cuales se construye y

reproduce la diferencia colonial. Posteriormente, se presentará una contextualización histórica de la relación entre Israel —como representante del proyecto occidental en Medio Oriente— y Palestina —como expresión de resistencia frente a dicho proyecto—, conceptualizando esta relación como eje de una dialéctica colonial contemporánea. A continuación, se llevará a cabo un análisis crítico del discurso mediático hegemónico producido a partir del 7 de octubre de 2023, examinando las estrategias narrativas, los marcos interpretativos y las omisiones sistemáticas que caracterizaron la cobertura de los acontecimientos. Finalmente, se propondrán conclusiones que problematizan la relación asimétrica entre Occidente y Oriente, así como la necesidad de convocar nuevos referentes epistemológicos y políticos capaces de dismantelar, en los planos estructural e infraestructural, las relaciones de dominación que perpetúan la desigualdad global y la violencia colonial en sus manifestaciones contemporáneas.

2. HEGEMONÍA SIMBÓLICA DE OCCIDENTE FRENTE A ORIENTE

La hegemonía simbólica que Occidente ha ejercido históricamente sobre lo que se ha denominado “Oriente” constituye uno de los dispositivos más sofisticados y persistentes de dominación en la historia de las relaciones interculturales. Esta hegemonía no se limita a la supremacía militar o económica, sino que actúa, de manera decisiva, en el plano de las representaciones, las categorías cognitivas y los sistemas de clasificación que organizan nuestra comprensión del mundo. En términos bourdieuanos, se trata de una forma de violencia simbólica que “arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales, apoyándose en unas expectativas colectivas y en unas creencias socialmente inculcadas” (Bourdieu, 2000a, p. 173), produciendo así un orden aparentemente natural en el que la superioridad occidental se presenta como evidencia autolegitimada.

El cristianismo emergió como el primer gran dispositivo sistemático de esta dominación simbólica, estableciendo no solo un régimen de verdad teológica, sino también una arquitectura epistemológica desde la cual juzgar, clasificar y, en última instancia, aniquilar

toda alteridad que escapara a su matriz interpretativa. Como expone Momigliano (1996), “los cristianos tenían que explicar a los paganos por qué el paganismo, es decir, el politeísmo, existía y era deplorable” (p. 36). Esta operación hermenéutica, aparentemente inocua en su formulación historiográfica, revela en realidad el núcleo del proyecto hegemónico occidental: la necesidad de instaurar una jerarquía ontológica en la que lo “propio” se constituya como universal normativo, mientras lo “ajeno” es reducido a un particularismo desviado.

En el siglo IV, contexto que analiza Momigliano, esta estrategia discursiva no buscaba únicamente persuadir, sino demostrar —desde una pretendida objetividad historiográfica— la superioridad intrínseca de la cosmovisión occidental-cristiana frente a cualquier alteridad cognitiva o espiritual.

Esta imposición epistémica, lejos de circunscribirse al ámbito teológico, configuró las estructuras profundas del pensamiento occidental y consolidó una gramática binaria que operaría durante siglos: fe verdadera/idolatría, civilización/barbarie, razón/supersición, libertad/despotismo. Lo revelador es que el territorio que hoy se denomina “Occidente” albergó durante milenios cosmovisiones paganas, politeístas y animistas que fueron sistemáticamente erradicadas o subsumidas bajo el manto homogeneizador del cristianismo. La construcción de “Occidente” como entidad coherente y monolítica es, por lo tanto, el resultado de un proceso violento de unificación simbólica que depuró la heterogeneidad interna para proyectarse como unidad frente a un “Oriente” igualmente fabricado como su antítesis. Esta operación de violencia fundacional —a sangre y fuego— no solo expandió una religión, sino que instaló las categorías de percepción desde las cuales toda alteridad sería procesada, evaluada y, con frecuencia, condenada.

La materialización de esta hegemonía simbólica encontró su correlato en una serie de confrontaciones militares que, lejos de constituir episodios bélicos aislados, funcionaron como momentos constitutivos de una identidad occidental definida por oposición. Las Guerras Médicas (499-449 a. C.) establecieron el primer gran relato fundacional: la Grecia “libre” y “racional” enfrentando al “despotismo” persa. Las conquistas de Alejandro Magno (334-323

a. C.) invirtieron la dirección pero mantuvieron la lógica: la “civilización” helénica iluminando la “barbarie” oriental. La expansión islámica a partir del 622 d. C. y, posteriormente, las Cruzadas iniciadas en 1095 cristalizaron esta dicotomía en términos religiosos, consolidando un imaginario donde Occidente se erigía como bastión de la cristiandad frente a la supuesta “amenaza” musulmana. Cada uno de estos enfrentamientos operó no solo en el plano militar, sino también en el registro simbólico, lo que generó narrativas, mitos fundacionales e imaginarios colectivos que sedimentaron en las estructuras inconscientes del pensamiento occidental.

Lo inquietante es la manera en que estos episodios históricos han sido reactivados, reinterpretados y actualizados en el presente como formas de justificación de intervenciones contemporáneas. El léxico cruzado ha sido explícitamente movilizado en el discurso político occidental para legitimar invasiones en Medio Oriente, con líderes que evocan la “defensa del mundo libre” frente al “radicalismo islámico”, reproduciendo casi literalmente la retórica medieval. Esta persistencia discursiva revela lo que Said (2008) denominó *orientalismo*: “un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente” (p. 21). Se trata de un sistema de representaciones que no opera como mera imposición externa, sino como matriz perceptiva que configura la comprensión misma de lo real, tanto para dominadores como para dominados.

El marco histórico construido por Occidente ha sedimentado una narrativa maestra en la que la polaridad libertad/opresión se asigna de manera automática y aparentemente natural: Occidente “libera”, Oriente “opprime”. Esta dicotomía maniquea funciona como esquema clasificatorio que antecede cualquier análisis empírico, determinando de antemano la interpretación de acontecimientos, instituciones y prácticas culturales. Bajo esta lógica, la intervención occidental —militar, económica o “humanitaria”— se presenta como emancipatoria, mientras que cualquier forma de resistencia oriental es codificada como “fanatismo”, “atraso” o “despotismo”. Los principios identificados con Occidente —libertad, racionalidad, democracia, progreso— se erigen como universales incuestionables, en oposición al supuesto “salvajismo” e “irracionalidad” orientales.

Esta operación de universalización de lo particular occidental constituye, en términos de Gramsci (1981), el ejercicio más refinado de hegemonía: no la imposición explícita de intereses mediante la coerción, sino la capacidad de presentar la propia perspectiva como sentido común universal, como horizonte ineludible de toda racionalidad posible. El poder simbólico, señala Bourdieu, es ese “poder invisible que no puede ejercerse sino con la complicidad de quienes no quieren saber que lo sufren o incluso que lo ejercen” (Bourdieu, 2000b, p. 12). La hegemonía occidental opera con máxima eficacia cuando sus categorías son interiorizadas por los propios sujetos orientales, cuando las élites poscoloniales reproducen los esquemas cognitivos del colonizador, cuando la “modernización” se concibe exclusivamente como occidentalización.

Sin embargo, como advierte Said, “el orientalismo no es solo un tema político que se refleja pasivamente en la cultura, el saber académico y las instituciones” (2008, p. 32), sino un complejo entramado de producción de conocimiento, elaboración de discursos y ejercicio de poder que ha configurado disciplinas enteras —filología, antropología, historia— como tecnologías de dominación. La construcción de “Oriente” no es un error perceptivo ni un prejuicio subsanable mediante mejor información, sino una estructura epistémica funcional a relaciones de poder concretas. Cada representación del “otro” oriental —irracional, despótico, sensual, violento, fanático— cumple funciones específicas dentro de la legitimación de la dominación: justifica intervenciones, naturaliza jerarquías y obstaculiza la emergencia de agencias políticas alternativas.

La actualización contemporánea de esta hegemonía encuentra en el discurso antiterrorista su expresión más descarnada. La “guerra contra el terror” no constituye únicamente un conflicto geopolítico, sino la reactivación plena del imaginario orientalista en el que el musulmán es construido como amenaza existencial para la “civilización occidental”. Las categorías de “Estados fallidos”, “fanatismo islámico” y “eje del mal” reproducen, con variaciones retóricas mínimas, los tropos decimonónicos del “despotismo oriental” y la “barbarie mahometana”, tal como se observa en el diálogo entre Noam Chomsky y Gilbert Achcar (2007). La islamofobia contemporánea, lejos de ser una reacción espontánea a eventos particulares,

se inscribe en esta larga genealogía de construcción del otro oriental como peligro que justifica la violencia preventiva, la excepción jurídica y la suspensión de derechos.

No obstante, reconocer esta hegemonía simbólica no debe conducir a una victimización pasiva ni a un relativismo paralizante. Como señala Said en su análisis de la cuestión palestina, “la crítica del orientalismo no implica la negación de toda diferencia, sino el rechazo a que esa diferencia sea esencializada, jerarquizada y funcionalizada para la dominación” (2008, p. 67). El desafío político e intelectual consiste en develar los mecanismos de esta hegemonía simbólica sin caer en su inversión especular —un “occidentalismo” igualmente esencializador—, sino en construir espacios de enunciación que escapen a la lógica binaria impuesta, que permitan articular diferencias sin jerarquías y habiliten diálogos descolonizados donde ninguna perspectiva se arrogue la universalidad.

La persistencia histórica de esta hegemonía simbólica occidental sobre Oriente revela su funcionalidad para estructuras de dominación material que trascienden lo ideológico. Mientras esta matriz simbólica permanezca operativa y los esquemas de percepción y clasificación que nos constituyen como sujetos continúen organizados por esta dicotomía, la descolonización material seguirá inconclusa. La tarea de deconstrucción de esta hegemonía requiere, por lo tanto, no solo crítica teórica, sino también la transformación de las estructuras cognitivas incorporadas: un trabajo reflexivo de *des-subjetivación* de los esquemas dominantes que solo puede emprenderse mediante la confrontación sistemática con las genealogías de poder que nos constituyen.

3. ISRAEL Y PALESTINA

La cuestión palestino-israelí constituye la manifestación más descarnada y persistente de la lógica colonial occidental en el orden global contemporáneo. Lo que emerge en 1948 con la fundación del Estado de Israel no es un conflicto territorial más entre pueblos en disputa, sino la cristalización paradigmática de los mecanismos de dominación simbólica y material que Occidente ha

desplegado históricamente sobre aquello que construyó como “Oriente”. En términos de la tipología de Karl Popper (2017), la narrativa hegemónica occidental ha codificado sistemáticamente a las sociedades orientales como “cerradas” —atávicas, despóticas, irracionales— en oposición a las sociedades “abiertas” occidentales, caracterizadas supuestamente por la libertad, la racionalidad y el progreso. Palestina e Israel encarnan con claridad esta dicotomía fabricada, revelando que la violencia colonial no solo se ejerce mediante la ocupación territorial, sino, de manera fundamental, a través de la imposición de marcos interpretativos que naturalizan la desposesión y legitiman la dominación.

Contrario a las representaciones orientalistas que han retratado a Oriente Medio como espacio de conflicto perenne y fanatismo religioso atávico, Palestina existió durante siglos como territorio de notable pluralidad social, religiosa y cultural. Hasta 1948, judíos, musulmanes y cristianos cohabitaban en un tejido social complejo, atravesado por tensiones y jerarquías, pero marcado por formas de convivencia que desmienten el esencialismo de los “odios ancestrales”. Como documenta Khalidi (2023) en *Palestina: cien años de colonialismo y resistencia*, la Palestina otomana y la del mandato británico exhibían una diversidad demográfica y religiosa en la que las identidades no operaban bajo la lógica excluyente y militarizada que caracterizaría posteriormente al proyecto sionista. La población judía palestina (*yishuv* o *Yahud Filastin*) se integraba en la estructura social otomana sin que ello implicara antagonismos existenciales con las mayorías musulmana y cristiana. Esta realidad histórica, sistemáticamente oscurecida por la historiografía sionista y occidental, muestra que la conflictividad contemporánea no surge de incompatibilidades culturales o religiosas esenciales, sino de un proyecto político concreto: el sionismo colonial.

El sionismo, como movimiento político surgido en la Europa del siglo XIX, constituye una expresión paradójica y reveladora de la modernidad occidental. Nacido como respuesta al antisemitismo europeo y a la exclusión sistemática de las poblaciones judías en los estados nación cristianos, el proyecto sionista internalizó, de manera paradójica, la lógica colonial europea que había victimizado a los propios judíos. Herzl, fundador del sionismo político, concebía

explícitamente el futuro Estado judío como “un baluarte de la civilización contra la barbarie asiática” (Herzl, 2004, p. 96), reproduciendo *ipso facto* los tropos orientalistas que Said (2008) identificaría como constitutivos de la dominación occidental. Esta operación ideológica resulta instructiva: muestra que las categorías coloniales no son meras superestructuras, sino *habitus* incorporados —en términos bourdieuanos— que estructuran incluso las resistencias cuando estas no logran trascender los marcos cognitivos dominantes.

La Declaración Balfour de 1917, documento fundacional del Israel moderno, encarna con absoluta nitidez esta lógica. El Imperio británico, potencia colonial por excelencia, se arroga el derecho de prometer tierras palestinas para el establecimiento de un “hogar nacional judío”, sin consultar ni considerar a la población palestina que constituía cerca del 90 % de los habitantes del territorio. La formulación misma del documento revela una operación de violencia simbólica: mientras se habla de “derechos civiles y religiosos” para las “comunidades no judías” de Palestina —eufemismo colonial para la abrumadora mayoría árabe—, se establece el principio de apropiación territorial para el proyecto sionista (Flapan, 1987). La población palestina queda así reducida a “comunidades no judías”, negándoseles incluso el reconocimiento nominal de su existencia política y nacional. Esta operación lingüística no es superficial: constituye la manifestación discursiva de lo que Agamben (2006) denomina producción de *nuda vida*; esto es, la reducción de poblaciones enteras a existencias despojadas de estatuto político y convertidas en vidas sacrificables.

El sionismo se fundamentó en una narrativa de “retorno” que, desde una perspectiva crítica, requiere ser desmontada en sus componentes ideológicos. La idea de que los judíos europeos del siglo XX mantenían vínculos genealógicos directos con los hebreos bíblicos del primer milenio ha sido cuestionada por historiadores como Shlomo Sand (2011) en *La invención del pueblo judío*, quien demuestra que las poblaciones judías europeas (asquenazíes) descienden mayoritariamente de conversiones medievales —particularmente del reino jázaro— más que de migraciones masivas desde Palestina. Independientemente de la exactitud de estas genealogías —cuestión irrelevante desde una perspectiva

política contemporánea—, lo incuestionable es que ningún vínculo ancestral, real o imaginado, puede justificar la desposesión de poblaciones que habitaron un territorio de manera ininterrumpida durante siglos. Aceptar la lógica sionista del “retorno” después de dos milenios implicaría, llevada a su conclusión lógica, legitimar reivindicaciones territoriales de cualquier grupo sobre cualquier territorio que sus ancestros remotos habitaron alguna vez, principio que haría inviable toda organización política moderna.

Lo que el proyecto sionista ejecutó en Palestina a partir de 1948 —y desde décadas antes mediante la compra de tierras y el establecimiento de asentamientos exclusivamente judíos— fue un proceso de “limpieza étnica”, en los términos del historiador israelí Ilan Pappé (2008). La *Nakba* (catástrofe) palestina no fue una consecuencia fortuita de la guerra de 1948, sino el resultado de una planificación deliberada, documentada en el Plan Dalet y otros programas militares sionistas que contemplaban explícitamente la expulsión de la población árabe palestina. Cerca de 750 000 palestinos fueron desplazados forzosamente, más de 500 aldeas fueron destruidas de manera sistemática y se perpetraron masacres como las de Deir Yassin y Tantura para aterrorizar y forzar el éxodo de la población (Pappé, 2008). Esta violencia fundacional no constituye una desviación del proyecto sionista, sino su condición misma de posibilidad: la creación de un “Estado judío” en un territorio habitado mayoritariamente por no judíos requería, necesariamente, la eliminación demográfica de esa mayoría.

La tragedia histórica del sionismo reside en que un pueblo victimizado por el racismo europeo —que sufrió pogromos, discriminación sistemática y, finalmente, el genocidio nazi— adoptara una ideología y prácticas coloniales hacia otro pueblo. Esta paradoja ha sido analizada con lucidez por intelectuales judíos críticos del sionismo como Judith Butler (2012), quien en *Parting Ways: Jewishness and the Critique of Zionism* sostiene que el sionismo traiciona los valores éticos del judaísmo diaspórico al abrazar un nacionalismo étnico excluyente. La memoria del Holocausto, lejos de funcionar como aprendizaje ético universalizable sobre la dignidad humana, ha sido instrumentalizada por el Estado israelí como blindaje moral que inmuniza su propia violencia colonial frente a toda

crítica, estableciendo una jerarquía perversa de víctimas según la cual el sufrimiento histórico judío autoriza el sufrimiento palestino presente.

La operación ideológica mediante la cual el sionismo se presenta como proyecto “racional” y “moderno” frente a un supuesto “fanatismo” palestino-árabe ejemplifica lo que Bourdieu y Sayad (2017) analizaron en su estudio del colonialismo francés en Argelia: la imposición de categorías metropolitanas que construyen al colonizado como irracional precisamente en el momento en que este resiste racionalmente su desposesión. La resistencia palestina a la ocupación de su territorio es codificada de manera automática como “terrorismo”, mientras que la violencia estructural israelí —bloqueos, demoliciones de hogares, detenciones sin juicio, asesinatos extrajudiciales— se presenta como “defensa” o “seguridad”. Esta inversión semántica no es accidental, sino constitutiva de toda dominación colonial: el colonizador debe representar su violencia como reactiva y defensiva, mientras criminaliza la resistencia del colonizado como agresión irracional.

Aquí se evidencia con claridad la praxis occidental en sus procesos de colonización: la capacidad de imponer no solo la dominación material, sino, sobre todo, los marcos interpretativos desde los cuales esa dominación será comprendida. El sujeto occidental —en este caso, el Estado israelí respaldado por las potencias occidentales, particularmente Estados Unidos— no adopta únicamente una posición de superioridad, sino que logra incidir en el otro hasta producir una autodeterminación subordinada automática, parafraseando a Fanon (2018). Los palestinos se ven obligados a existir políticamente dentro de coordenadas definidas por sus opresores: demostrar “moderación”, renunciar a la resistencia armada (incluso cuando el derecho internacional la respalda frente a ocupaciones), reconocer la legitimidad de su propia desposesión y negociar los términos de una subordinación permanente. Cualquier desviación de este guion es sancionada mediante violencia militar y aislamiento diplomático.

La prolongación del conflicto palestino-israelí durante más de siete décadas evidencia la funcionalidad de Palestina como laboratorio y símbolo del orden colonial global. Israel no es simplemente un Estado más, sino la última colonia de asentamiento activa del

planeta: el último proyecto en el que una población metropolitana —judíos europeos, y más tarde judíos de otras regiones— desplaza y sustituye a una población indígena. Su persistencia, respaldada incondicionalmente por Occidente, demuestra que el colonialismo no es una reliquia del pasado, sino una estructura vigente del presente global. Cada bombardeo sobre Gaza, cada expansión de asentamientos en Cisjordania, cada demolición de hogares palestinos no constituye una aberración, sino una lógica: la actualización en tiempo real de la violencia fundacional de 1948, que a su vez reproduce aquella violencia de todo proyecto colonial occidental.

La crítica al sionismo y al Estado israelí no constituye, como con frecuencia se pretende insinuar, antisemitismo. Es, por el contrario, la aplicación coherente de principios anticoloniales y de derechos humanos que cualquier tradición emancipatoria debe sostener. Como señala Said (2013) en *La cuestión palestina*, “la crítica al sionismo político es tan legítima como la crítica a cualquier otro movimiento nacionalista excluyente, y confundirla con antisemitismo es un ejercicio de mala fe intelectual” (p. 156). La defensa de la autodeterminación palestina, el derecho al retorno de los refugiados, el fin de la ocupación y el desmantelamiento del apartheid —calificación que académicos sudafricanos como Desmond Tutu han aplicado sin ambigüedad al sistema israelí— no expresa odio hacia los judíos, sino un compromiso básico con la justicia.

Israel y Palestina encarnan la persistencia del colonialismo occidental en su forma más cruda y, simultáneamente, la posibilidad de su superación. Cada acto de resistencia palestina —desde la *sumud* (perseverancia) cotidiana hasta las intifadas— constituye un rechazo práctico del orientalismo y una afirmación de agencia histórica. La descolonización de Palestina, cuando ocurra, no será únicamente la liberación de un territorio, sino la refutación definitiva de la narrativa occidental que durante siglos ha justificado su dominación global en nombre de una supuesta superioridad civilizatoria. Será la demostración histórica de que ninguna violencia, por sofisticadamente legitimada que esté, puede perpetuarse frente a la dignidad humana organizada colectivamente, y permitirá quebrar la estructura mediante la cual Occidente se presenta como depositario de los valores más avanzados de la sociedad frente al “salvaje” Oriente.

4. 7 DE OCTUBRE DE 2023

La cobertura mediática occidental de los acontecimientos del 7 de octubre de 2023 constituye un caso paradigmático de cómo las estructuras de dominación simbólica previamente examinadas —el orientalismo saidiano, la violencia simbólica bourdieuana y la lógica colonial— operan en el ecosistema mediático contemporáneo para producir consenso hegemónico en tiempo real. Lo que apareció en pantallas, portadas y titulares de los medios occidentales dominantes no fue simple “información” ni “cobertura neutral” de eventos bélicos, sino la puesta en escena de una narrativa cuidadosamente enmarcada que reactualizó tropos coloniales centenarios, descontextualizó de manera sistemática la violencia estructural preexistente y estableció las condiciones simbólicas de posibilidad para lo que numerosos académicos, organizaciones de derechos humanos y relatores de la ONU han caracterizado como genocidio. El análisis crítico de esta operación mediática revela no solo sesgos puntuales o errores periodísticos subsanables, sino la funcionalidad estructural de los medios hegemónicos como aparatos de legitimación de la violencia colonial en el orden global contemporáneo.

Cuando en la madrugada del 7 de octubre de 2023 militantes de Hamás y otras facciones palestinas rompieron el cerco impuesto por Israel sobre Gaza —convertida en la prisión a cielo abierto más grande del mundo, según organismos internacionales (Amnistía Internacional, 2022)— y tomaron rehenes israelíes tras matar a más de mil personas, incluidos civiles, los medios occidentales activaron de inmediato un repertorio interpretativo preconfigurado. La velocidad y uniformidad con que las principales cadenas de televisión, periódicos de referencia y plataformas digitales adoptaron marcos discursivos prácticamente idénticos no puede explicarse como coincidencia, sino como manifestación de lo que Herman y Chomsky (2018) denominaron “modelo de propaganda”: la convergencia estructural de intereses corporativos, gubernamentales e ideológicos que produce “filtros” sistemáticos en la producción noticiosa. Estos filtros determinan qué eventos son dignos de cobertura, cómo se enmarcan, qué voces se amplifican y cuáles se silencian, produciendo así el “consentimiento

manufacturado” necesario para políticas que, examinadas racionalmente, resultarían inaceptables.

El primer mecanismo discursivo desplegado fue la descontextualización radical. Los acontecimientos del 7 de octubre fueron presentados como surgidos *ex nihilo*, como violencia gratuita e irracional emanada del vacío o del supuesto “odio” palestino-musulmán hacia Israel y Occidente. Según el análisis de contenido realizado por Aljazeera Media Institute (2024), más del 87 % de las coberturas en medios estadounidenses y europeos durante las primeras 72 horas omitieron cualquier referencia a la ocupación israelí de territorios palestinos, al bloqueo de Gaza vigente desde 2007, a los asentamientos ilegales en Cisjordania o a las violaciones sistemáticas de derechos humanos documentadas por organismos internacionales. Esta amnesia histórica no constituye negligencia periodística, sino operación ideológica fundamental: al borrar el contexto, la violencia palestina aparece como agresión primaria, mientras que la violencia israelí —infinitamente superior en magnitud y letalidad— se presenta como respuesta defensiva legítima.

La terminología empleada reveló con absoluta claridad la operación de lo que van Dijk (1999) denominó “cuadrado ideológico” en el discurso sobre el Otro: enfatizar lo bueno propio y lo malo ajeno, atenuar lo malo propio y lo bueno ajeno. Las acciones de Hamás fueron sistemáticamente calificadas como “terrorismo”, “barbarie” y “masacre”, mientras que las acciones israelíes —incluidos bombardeos que han matado a decenas de miles de civiles, en su mayoría mujeres y niños— fueron descritas con lenguaje aséptico, técnico o justificatorio: “operaciones de defensa”, “respuesta proporcional”, “neutralización de objetivos”. Esta asimetría semántica no es accidental: constituye el núcleo de la violencia simbólica mediática que, como señala Bourdieu (2006), opera mediante la imposición de “principios de visión y de división” que estructuran la percepción misma de lo real, definiendo qué violencias son condenables y cuáles resultan comprensibles o incluso necesarias.

El tratamiento diferencial de las víctimas evidenció de manera particularmente obscena esta jerarquización. Las víctimas israelíes fueron individualizadas, humanizadas, dotadas de biografías, familias y proyectos truncados. Los medios occidentales dedicaron

reportajes extensos a sus historias personales, entrevistaron a familiares y publicaron fotografías que reforzaban su identidad y dignidad. En contraste, las víctimas palestinas —que muy pronto superaron a las israelíes en una proporción superior a 40 a 1— fueron presentadas como estadísticas abstractas, como cifras atribuidas al “Ministerio de Salud controlado por Hamás”, deslegitimando así incluso datos que han sido verificados por organismos internacionales. Fueron convertidas en masas anónimas, cuyas muertes fueron minimizadas, justificadas o directamente negadas mediante la acusación de que Hamás las utilizaba como “escudos humanos” (Philo y Berry, 2011). Esta deshumanización diferencial no es anomalía, sino requisito: como muestra Mbembe (2011) en su teorización de la necropolítica, el ejercicio contemporáneo del poder de muerte exige producir simbólicamente poblaciones matables, vidas que no cuentan como vidas y cuya eliminación no constituye crimen, sino necesidad estratégica.

La configuración visual de la cobertura reforzó estos marcos discursivos. Los bombardeos israelíes sobre Gaza fueron filmados principalmente desde perspectivas aéreas, presentados como espectáculo pirotécnico abstracto y acompañados de infografías que transformaban la destrucción masiva en operación quirúrgica. Las víctimas palestinas aparecieron rara vez en pantalla; cuando lo hicieron, fue mediante imágenes descontextualizadas y, con frecuencia, precedidas por advertencias sobre “contenido sensible” que permitían a las audiencias occidentales desviar la mirada. En contraste, las imágenes del 7 de octubre —cuerpos israelíes, destrucción en kibutz, testimonios de sobrevivientes— fueron amplificadas y repetidas exhaustivamente. Esta economía visual asimétrica produce lo que Butler (2010) denomina “vidas precarias”: una distribución diferencial de la condición de ser digno de duelo, donde ciertas vidas —occidentales, israelíes— reciben reconocimiento público, mientras otras —palestinas, árabes, musulmanas— son despojadas incluso de este mínimo gesto de humanidad.

La construcción del “terrorismo” como categoría interpretativa maestra operó con particular eficacia. Como demostró Jackson (2005) en su genealogía crítica del discurso antiterrorista, el término “terrorismo” no designa tipos específicos de violencia

política según criterios objetivos —si así fuera, numerosas acciones estatales israelíes, estadounidenses y europeas calificarían sin dificultad—, sino que funciona como una marca semiótica que identifica violencias ilegítimas, situándolas fuera del universo del discurso político racional. Al etiquetar la acción de Hamás como “terrorista”, los medios activaron un repertorio interpretativo en el que el contexto, las motivaciones políticas y la legitimidad de los reclamos se vuelven irrelevantes: los terroristas no tienen demandas políticas legítimas, solo odio irracional; no pueden ser negociados, solo eliminados; su violencia no responde a estructuras de opresión, sino a esencias malignas —fanatismo religioso, cultura de muerte, antisemitismo patológico—. Esta operación discursiva vuelve impensable la pregunta fundamental: ¿qué formas de resistencia se permiten a un pueblo sometido a ocupación militar, desposesión territorial, bloqueo económico y violencia estructural permanente?

La movilización del Holocausto como blindaje moral e instrumento retórico ilustró de manera nítida la funcionalización ideológica de la memoria histórica. Toda crítica a las acciones israelíes fue sistemáticamente equiparada con antisemitismo, trivializando tanto el genocidio nazi como la violencia colonial ejercida contra los palestinos en la actualidad. Finkelstein (2014), en *La industria del Holocausto*, sostiene que la instrumentalización del Holocausto por parte del Estado israelí y de sus defensores constituye una obscenidad doble: traiciona la memoria de las víctimas al utilizarlas para legitimar nuevas víctimas y pervierte el imperativo ético “nunca más”, transformándolo en “nunca más a nosotros”, aun a costa de quien sea necesario. Esta operación discursiva fue especialmente visible cuando numerosos académicos, activistas y organizaciones judías críticas del sionismo fueron acusadas de “antisemitismo”, categoría kafkiana mediante la cual judíos devienen antisemitas por oponerse a la violencia colonial ejercida en su nombre.

La velocidad con que esta arquitectura discursiva se desplegó —literalmente en minutos tras los acontecimientos del 7 de octubre— revela su naturaleza prefabricada. No se trataba de periodistas procesando información en tiempo real ni de decisiones editoriales improvisadas, sino de la activación automática de plantillas narrativas sedimentadas en el *habitus* profesional periodístico

occidental. Las principales agencias de noticias recurrieron de inmediato a los mismos *frames*, las mismas fuentes —gubernamentales israelíes o estadounidenses—, los mismos expertos —*think tanks* proisraelíes— y los mismos repertorios visuales. Esta convergencia solo puede explicarse por la existencia de estructuras profundas —ideológicas, institucionales, profesionales— que predeterminan cómo ciertos eventos deben ser narrados para sostener el orden geopolítico vigente.

La manufactura del consentimiento para lo que posteriormente ocurriría en Gaza —más de 60 000 muertos según cifras conservadoras al momento de escribir estas líneas, destrucción del 70 % de las viviendas, desplazamiento forzado de más de dos millones de personas, hambruna inducida sistemáticamente— fue preparada por esta cobertura inicial. Al establecer que Israel era la víctima absoluta de una agresión terrorista irracional, cualquier respuesta israelí quedaba automáticamente legitimada, por desproporcionada, indiscriminada o criminal que fuera según el derecho internacional. La Corte Internacional de Justicia, al aceptar en enero de 2024 el caso de Sudáfrica contra Israel por presunto genocidio y emitir medidas provisionales exhortando a Israel a prevenir actos genocidas, enfrentó un muro mediático occidental que optó por ignorar, minimizar o deslegitimar sus determinaciones. Cuando el derecho internacional contradice la narrativa hegemónica, es el derecho —no la narrativa— el que debe ceder.

La funcionalidad de esta operación mediática trasciende el caso palestino-israelí, revelando las estructuras mediante las cuales el orden colonial global se sostiene en el siglo XXI. A diferencia de los imperialismos del siglo XIX, que operaban mediante dominación militar directa y justificaciones explícitas de superioridad racial, el neocolonialismo contemporáneo se articula a través de “intervenciones humanitarias”, “guerras contra el terror” y la “defensa de valores democráticos”. Los medios hegemónicos resultan indispensables para esta operación: convierten guerras de rapiña en cruzadas morales, ocupaciones coloniales en procesos de paz, y limpieza étnica en legítima defensa. Palestina funciona como laboratorio y símbolo de este mecanismo: si la violencia israelí —sistemática, masiva y exhaustivamente documentada— puede ser presentada

con éxito como defensa, entonces cualquier violencia imperial puede ser legitimada mediante marcos discursivos apropiados.

La resistencia a esta hegemonía mediática también forma parte de la coyuntura actual. Plataformas digitales alternativas, periodistas palestinos que documentan su propia destrucción en tiempo real —muchos de ellos asesinados deliberadamente por fuerzas israelíes—, movimientos solidarios globales y académicos comprometidos disputan la narrativa hegemónica con efectos significativos, en especial entre generaciones jóvenes menos dependientes de los medios tradicionales. Esta contrahegemonía discursiva enfrenta, sin embargo, una censura sistemática: algoritmos que suprimen contenido propalestino, legislaciones que criminalizan el BDS (boicot, desinversión y sanciones), acusaciones de antisemitismo contra críticos del sionismo, y despidos de académicos y periodistas que se apartan de líneas editoriales proisraelíes. La intensidad de esta represión revela la fragilidad de la hegemonía: precisa coerción porque ya no consigue producir consenso espontáneo.

El 7 de octubre de 2023 y su cobertura mediática subsecuente constituyen un momento de clarificación histórica. Expusieron con nitidez la persistencia del orientalismo como estructura cognitiva occidental, la funcionalidad de los medios hegemónicos como aparatos de dominación simbólica y la centralidad de Palestina como prueba de consistencia ética para cualquier proyecto emancipatorio. Cada reportaje descontextualizado, cada víctima palestina deshumanizada, cada crimen de guerra justificado o invisibilizado no representa fallas del sistema informativo, sino el funcionamiento ordinario de un dispositivo orientado a sostener el orden colonial global. Reconocerlo no implica cinismo, sino constituye condición necesaria para construir ecologías mediáticas alternativas capaces de contribuir a la descolonización de territorios e imaginarios.

5. CONCLUSIONES

El análisis desarrollado a lo largo de este artículo permite establecer que la construcción mediática hegemónica de los pueblos del Sur Global, en particular del mundo árabe y musulmán, no constituye

un epifenómeno secundario ni una mera distorsión informativa susceptible de corrección técnica. Opera como dispositivo estructural de legitimación simbólica de la violencia colonial en sus manifestaciones contemporáneas. La cobertura mediática occidental del genocidio palestino intensificada tras el 7 de octubre de 2023 representa la actualización paradigmática de una matriz orientalista que, desde la consolidación de la modernidad europea, ha producido sistemáticamente a “Oriente” como alteridad radical, encarnación de irracionalidad, despotismo y barbarie que justifica la intervención, la tutela y, en última instancia, la aniquilación.

La genealogía trazada desde el cristianismo medieval hasta las guerras contemporáneas contra el terror evidencia que la dicotomía Occidente humano/Oriente salvaje no es construcción reciente ni producto de incomprensiones culturales subsanables, sino arquitectura epistémica fundamental del proyecto civilizatorio occidental. Esta dicotomía ha operado históricamente mediante lo que Bourdieu conceptualiza como violencia simbólica: una forma de dominación que se ejerce con la complicidad inconsciente de quienes la padecen, precisamente porque las categorías de percepción y clasificación que estructuran la experiencia del mundo han sido moldeadas por las relaciones de dominación que buscan naturalizarse. El orientalismo saidiano, en este sentido, no es un conjunto de representaciones erróneas sobre Oriente, sino un sistema de producción de conocimiento articulado funcionalmente con estructuras materiales de poder, que habilita la dominación mientras se presenta como descripción objetiva de realidades preexistentes.

La materialización histórica de esta hegemonía simbólica en el caso palestino-israelí revela con nitidez los mecanismos mediante los cuales el colonialismo de asentamiento del siglo XXI reproduce, bajo nuevas formas discursivas, las lógicas de desposesión y eliminación que caracterizaron las expansiones imperiales precedentes. El proyecto sionista, analizado críticamente, aparece como una paradoja trágica de la modernidad: un movimiento surgido como respuesta al racismo europeo que internalizó e implementó la lógica colonial contra el pueblo palestino, transformando a víctimas históricas del antisemitismo europeo en agentes de un nuevo

proyecto de supremacía étnica. La *Nakba* de 1948 y su continuidad ininterrumpida hasta el presente no constituyen accidentes ni efectos colaterales lamentables, sino la expresión necesaria de la contradicción irresoluble de pretender establecer un “Estado judío” mediante la limpieza étnica de un territorio habitado mayoritariamente por no judíos.

La funcionalidad de los medios de comunicación hegemónicos en la legitimación de esta violencia colonial quedó expuesta de manera descarnada en la cobertura de los acontecimientos posteriores al 7 de octubre de 2023. El análisis de dicha cobertura revela la operación sistemática de mecanismos de descontextualización, asimetrías terminológicas, jerarquización de víctimas y movilización de tropos orientalistas que produjeron las condiciones simbólicas de posibilidad para la perpetración de lo que numerosos especialistas, organizaciones de derechos humanos y relatores internacionales han caracterizado como genocidio. La velocidad y uniformidad con que los principales medios occidentales adoptaron marcos interpretativos prácticamente idénticos —presentando la acción de Hamás como violencia primaria surgida del vacío, mientras construían la respuesta israelí como defensa legítima— no puede explicarse como simple sesgo editorial, sino como manifestación de estructuras profundas que conectan la producción mediática con intereses geopolíticos y con matrices ideológicas coloniales sedimentadas en el *habitus* profesional periodístico.

La manufactura mediática del consentimiento para el genocidio palestino opera mediante la producción de lo que Mbembe denomina necropolítica: el poder contemporáneo de determinar quién importa y quién no, qué vidas son dignas de protección y cuáles resultan descartables. La individualización y humanización sistemáticas de las víctimas israelíes, frente a la abstracción estadística y deshumanización de decenas de miles de palestinos asesinados, no constituye una mera decisión editorial, sino una tecnología específica de producción de vidas matables: poblaciones cuya eliminación no se considera crimen, sino necesidad estratégica. Esta jerarquización ontológica de la vida humana según criterios étnico-nacionales actualiza el racismo colonial que durante siglos ha estructurado el orden global.

Las implicaciones de este análisis trascienden el caso palestino y permiten iluminar las estructuras mediante las cuales el neocolonialismo contemporáneo se sostiene en el siglo XXI. A diferencia de los imperialismos decimonónicos, que justificaban abiertamente la dominación mediante teorías de superioridad racial, el orden colonial presente recurre a legitimaciones humanitarias, democráticas y al discurso de la seguridad. Los medios hegemónicos resultan indispensables para esta operación: transforman ocupaciones militares en procesos de paz, limpieza étnica en legítima defensa y bloqueos genocidas en medidas de seguridad. Si la violencia israelí —sistemática, masiva y exhaustivamente documentada— puede presentarse con éxito como defensa contra el terrorismo, cualquier violencia imperial puede ser legitimada mediante encuadres discursivos apropiados. Palestina funciona, así, como laboratorio y prueba de consistencia del orden neocolonial global.

Sin embargo, reconocer la potencia de esta hegemonía mediático-simbólica no debe conducir a la parálisis fatalista. La coyuntura analizada muestra fisuras significativas en el consenso manufacturado: plataformas digitales alternativas, periodistas palestinos que documentan su propia destrucción a riesgo de sus vidas, movimientos solidarios globales y producción académica crítica están disputando la narrativa hegemónica con eficacia real, especialmente entre generaciones que han desarrollado alfabetizaciones mediáticas más complejas. La intensidad de la represión contra estas voces disidentes —censura algorítmica, criminalización del BDS, acusaciones de antisemitismo, despidos académicos— revela la fragilidad de una hegemonía que precisa coerción porque ya no es capaz de producir consenso espontáneo.

La descolonización de Palestina, cuando ocurra, representará no solo la liberación de un territorio, sino la refutación histórica definitiva de la narrativa occidental que durante siglos ha justificado su dominación global invocando superioridad civilizatoria. Será la demostración práctica de que ninguna violencia, por sofisticadamente legitimada a través de aparatos mediáticos hegemónicos, puede perpetuarse frente a la dignidad humana organizada colectivamente. Pero esta descolonización material exige, como condición de posibilidad, la descolonización epistémica: la deconstrucción

de las categorías orientalistas que organizan nuestra percepción; la construcción de ecologías mediáticas alternativas que restituyan humanidad e historicidad a los pueblos del Sur; y la elaboración de marcos interpretativos que permitan comprender el genocidio palestino no como conflicto aislado, sino como expresión de un orden internacional aún marcado por el colonialismo, el racismo estructural y la impunidad sistemática de las potencias occidentales.

REFERENCIAS

- Agamben, G. (2006). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos.
- Aljazeera Media Institute. (2024, enero 14). *Western media coverage of Gaza: A content analysis study*. Ajazeera Media Institute.
- Amnistía Internacional. (2022). *El apartheid israelí contra la población palestina: Cruel sistema de dominación y crimen de lesa humanidad. Resumen ejecutivo y recomendaciones* (p. 38). Amnistía Internacional. <https://www.amnesty.org/es/wp-content/uploads/sites/4/2022/02/MDE1551412022SPANISH.pdf>
- Arendt, H. (2004). *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus.
- Bourdieu, P. (2000a). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000b). *Poder, derecho y clases sociales* (2.ª ed.). Editorial Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2006). *Sobre la televisión*. Anagrama.
- Bourdieu, P. y Sayad, A. (2017). *El desarraigo: La violencia del capitalismo en una sociedad rural*. Siglo XXI Editores.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra: Las vidas lloradas*. Ediciones Paidós.
- Butler, J. (2012). *Parting Ways: Jewishness and the Critique of Zionism*. Columbia University Press.
- Chomsky, N. y Achcar, G. (2007). *Estados peligrosos, Oriente Medio y la política exterior estadounidense*. Paidós.
- Chomsky, N. y Ramonet, I. (2018). *Cómo nos venden la moto, información, poder y concentración de medios* (27.ª ed.). Icaria más madera.
- Fanon, F. (2018). *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica.
- Finkelstein, N. (2014). *La industria del holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*. Ediciones Akal.
- Flapan, S. (1987). *The Birth of Israel: Myths and Realities*. Pantheon Books.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel 1* (Vol. 1). Ediciones Era.
- Herzl, T. (2004). *El estado judío*. Riopiedras Ediciones.
- Jackson, R. (2005). *Writing the war on Terrorism: Language, Politics and Counter-Terrorism*. Manchester University Press.
- Khalidi, R. (2023). *Palestina: Cien años de colonialismo y resistencia*. Capitán Swing.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Editorial Melusina.
- Momigliano, A. (1996). *De paganos, judíos y cristianos*. Fondo de Cultura Económica.

- Pappé, I. (2008). *La limpieza étnica de Palestina*. Crítica.
- Philo, G. y Berry, M. (2011). *More Bad News from Israel*. Pluto Press.
- Popper, K. (2017). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós.
- Rousseau, J. J. (2017). *El contrato social*. Akal.
- Sabogal, J. (2025). La investigación como acto político. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 70, 351–358.
- Said, E. (2008). *Orientalismo*. Debolsillo.
- Said, E. (2013). *La cuestión palestina*. Debate.
- Sand, S. (2011). *La invención del pueblo judío*. Ediciones Akal.
- van Dijk, T. A. (1999). *Ideología: Una aproximación multidisciplinaria*. Gedisa.
- Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial*. Siglo XXI Editores.
- Xun, L. (2015). *Kong Yiji y otros cuentos*. LOM.

